

reloj de arena

El discurso dicotómico de la obediencia voluntaria

Por Alejandro Bruzual

Mientras más categórico se presenta, más sospechoso se hace. Llena de subterfugios, la reducción a dos es siempre engañosa y antidualéctica. La inteligencia interpreta, encuentra diferencias, posibilidades, alternativas. Simplifica solo para imaginar lo múltiple. Lo dicotómico impide la crítica, no permite comprensiones distintas, acaba con el pensamiento propio. Habla con enanos de tacones altos más abajo de sus ojos. Niega la duda por complejidad, no asume riesgos. “Diga Federación y seremos centralistas”, se propuso en un siglo alargado de violencias y pobreza. Se vaciaron los conceptos, incapaces de ver la realidad, y hubo que matar por ellos.

El espejo negativo moldea su rostro en la silueta del no-otro. Dicotómico era Gómez, el tirano de la tierra. Todo lo que no sobaba la piel de su guante era traición, tortura y muerte. Dobles

son los dioses en la misma moneda que confía en ellos. Como el ying y el yang, llevan un contrario que observa la totalidad, dando vueltas hasta hacerse indistinguible. Los peones avanzan sobre un destino en blanco y negro que no les pertenece, replican el de otro que juega con ellos. Radical no fue nunca el maniqueísmo de la obediencia ciega y muda, sino la voluntad de quien profundiza la comprensión con la voz alzada hasta la última consecuencia.

Desde el siglo XIX, no hemos dejado de pensar en civilización o barbarie. Sarmiento lo abordó con conjunción copulativa, y se expresó con ellas. Era un civilizado que se equivocaba hasta la barbaridad, dice Ricardo Piglia, pero construyó una forma nuestra abigarrada, nada despreciable. Todo depende del color con que se lea. Ya Simón Rodríguez había advertido sobre el co-

piar, así fuera lo que se creía y se quería inevitable. Pero nada lo es en la vida si los posibles exigen lo imposible. Triste, en cambio, este penar errando.

Los grandes nunca cayeron bajo sus puentes. El Decreto de Guerra a Muerte fue una puntual estrategia dicotómica, no así la Carta de Jamaica o el Discurso de Angostura. Lo entendió como un pequeño cosmos distinto a lo rechazable y lo tangible, que parecían absolutos. Pero no lo eran en sus propias huestes. Entre la tentación de tiranía y la voluntad de anarquía soñó una salida propia. Y su mismo origen no lo anunciaba. De blanco criollo, heredero y esclavista, a Libertador hay un rebeldía de gigante. Y lo da todo por una causa que sube más alto que su delirio, y se nombra voluntad de tantas voluntades. Cosecharían otros, sin embargo, su esfuerzo, esos que hablaron de traición y lealtades para empequeñecer en cotos liberados. Bolívar se arruinó y murió joven, ellos se hicieron propietarios, se cultivaron y compusieron vales, inventaron una

opresión distinta que tanto se parecía a la otra. La esclavitud duró décadas todavía, y los indígenas fueron saqueados y robados una vez más en esta historia. Un pueblo en la miseria lo reclamó tarde en una nueva guerra, pero aceptó dicotomías hasta perderse.

Freud teorizó dos pulsiones: una se torna cultura –todo lo que nos aparta de la naturaleza y defiende de ella–; otra hacia la muerte. Pero la razón produce monstruos y los anuncia. El que explota a otro, el que viola, cosifica y se aprovecha del más débil. Pulsiones que se oponen entre otras, y sus resultados no son previsibles. Se subliman o reprimen. Entendía ciencia y arte como las expresiones mayores de esa cultura. Poco más tarde, el aprecio de los nazis a manifestaciones de alta sofisticación (si bien rechazaron la pintura vanguardista) o su amor por los animales no lograron hacer despreciable la obra de Messiaen ni la de Wagner, como tampoco hubo que aniquilar pastores alemanes. Pero no hay cultura de las armas. Tan inculta y asesina es la sofisticada tecnología de drones vacíos sobre Trípoli como la de cuchilleros y bombas humanas del Estado Islámico. Capaz todo de imaginar la destrucción, no la vida. El instrumento de Mefisto amenaza con el sacrificio de Prometeo. Un simple balde de agua y un candidato desquiciado en su riqueza pueden ahogar el sueño democrático.

Walter Benjamín, literalmente suicidado por la sociedad, intuyó que

tras cada monumento de civilización había uno de barbarie. Quizás era el precio, pero también la advertencia. ¿Hacia dónde se alargan aquí las huellas? Quemarlo todo, destruirlo, ver quién resiste, como bárbaros Atilas monopolistas. O la rapiña de hienas sedientas vestidas de lino importado. La prepotencia del privilegio borra e invisibiliza; la de la fuerza, subyuga y utiliza. Habrá que buscar esos monumentos de barbarie en las notas suspendidas de París aterrorizado. Pero las preguntas de Benjamín son también cultura del más fino pensamiento, que siembra liberaciones y abre túneles en la oscuridad tanática.

Más ahora, cuando nunca en la historia habíamos estado tan cerca de la aniquilación. Nunca las aguas para siempre contaminadas, los hielos que no vuelven, la biodiversidad que no conoceremos. El hueco de ozono es comparable al que se abre entre los más ricos y los más pobres. El hambre de países enteros, continentes enfermos, frente al mayor desarrollo histórico de las fuerzas productivas. El capitalismo como fracaso civilizatorio impulsó el ansia de riqueza como móvil que justifica todo. Tráfico de drogas, de mujeres y niños, órganos vitales, rentabilidad indetenible de la guerra. No hay ideología cuando se trata de corrupción, se entienden al sacar la cuenta. Dinero inodoro de maletín sintético. Pero también neoliberalismo molecular, lo llama Emiliano Terán, que implosiona la base social, traición de clase y grupo, el semejante como objetivo de ganancia, la urgencia que se hace un mercado sin reglas. La disolución de sentimientos cohesivos rebaja un pueblo a masa y número, hasta que pierde toda conciencia desabastecido de sentido.

Me niego a la servidumbre de la argumentación dicotómica. No defiendo porque sí, no obedezco por lo otro. Prefiero las contradicciones de utopías compartidas que la certeza única del egoísmo triunfante. Algún día sacaremos las cuentas de este collar roto, asqueados del poder con cartas marcadas que nadie nombra. Unos hacen más, decía el Quijote, también en la maldad. Podaron la buena sombra, y del desierto se oyen rumores de tsunami para arrasar cinismo, prepotencia y pretensión. Una gran marea que revuelva la ética hasta levantarla de sus rodillas, que nombre responsabilidades y castigos, reparta trabajo y mérito. La cultura de la vida es la única redundancia que puede salvarnos en esta hora de segundos y primeros engañosos.

relojdearenabruzual@gmail.com
alejandrobruzual.wordpress.com
Caracas

